

## LA SILLA DE SUELA

Nada más simple, nada más elemental, nada más sobrio dentro del ajuar doméstico de la casa andina, que este mueble: la silla de suela. Observémosla con algún detenimiento. Su armazón se fabrica de madera resistente y liviana. Y consta sólo de trece- trece nada más- piezas. De éstas, once han de ser de madera: cuatro listoncitos forman las patas: dos pequeños y rectos para las delanteras: dos de doble longitud obtusangulados en la mitad, para las zagueras y espaldar. Cuatro listoncitos más integran el marco del asiento. Otros cuatro más, los travesaños. Y uno, por último, arriba, asegura los extremos del respaldo. Sobre esta armazón se fijan, por medio de fuertes tachuelas, las tapas. Las tapas son de suela gruesa: una cubre el espaldar; otra, el asiento o fondo de la silla. Ambas tapas se adornan con grecas; éstas se graban con un instrumento que recuerda al cincel: un martillazo certero sobre éste deja en la blanda pulpa de la suela, indeleble, una estrellita, una flor, una figura geométrica cualquiera. Estas que llamamos grecas, pues, forman en ambas tapas uno, dos o tres cuadriláteros concéntricos. En el centro del que lleva el respaldo se suelen grabar las iniciales del jefe de la familia. Tal es la silla de suela. A ella nadie, como lo dijo Don Tulio Febres Cordero, *puede disputarle la palma en solidez, comodidad y conveniencia*. No podía ser de otra manera la silla de suela. Que, como afirma el poeta de Mérida, *es el todo en las faenas domésticas*. Va, así, del recibo a la cocina, de la cocina al aposento, del aposento al patio; y lo mismo se halla en los corredores que en el jardín o en el solar.

Tómele usted el peso a ésta, nos indica Laín Sanchez. Nosotros obedecemos. La levantamos con cierto esfuerzo. ¿De qué color fue en sus primeros tiempos? Ni Laín Sanchez podría decírnoslo. Es casi negra del todo. Negra la madera y negra también la suela. Está pulimentada por la vida, por el manoseo cotidiano, por el uso inmemorial. El extremo de las patas está ya redondeado por el paso de los años. El travesaño delantero, que debió ser cuadrado como las demás piezas, aparece desgastado: reducido a la mitad de su volumen original por el frote del calzado; está, digamos, vaciado en dos partes simétricas, ese doble vaciado lo han hecho los pies de varias generaciones. ¿Y las tapas de suela? Brillan a la luz del sol, pulidas. La del asiento está ya bastante ahondada; la del espaldar, curvada por su extremo inferior, hacia atrás. Tiene, eso sí, intactas las grecas. En la tapa superior se destacan tres letras mayúsculas, separadas entre sí por puntos. Son las iniciales del abuelo de Laín Sanchez, de su *nono* como él lo llama.

Laín Sanchez toma la silla que decimos, la levanta en vilo, la arroja al patio, la recoge a continuación, la mira atentamente: ni una raspadura, nada; su consistencia es perfecta. Luego, la arrastra, tomándola de la parte

superior del respaldo, la pone en el corredor y se sienta. Conversamos. Al cabo de rato, Laín Sanchez, sin interrumpir el diálogo, se incorpora, alza la silla y la recuesta a la pared. La conversación continúa. Hablamos y, al mismo tiempo, columbramos arriba, en la lejanía, el Chamarú casi del todo cubierto por la nieve. Pensamos en Don Tulio, que tan bien ha hablado de la silla de suela; que ha inmortalizado en nuestras letras *las cinco águilas blancas*. Una de ellas, en este momento, desde lejos, parece iluminar nuestra evocación del poeta. Refulge impoluta en lo alto.

Nuestro palique se apaga. Una persistente llovizna se desgrana sobre el patio, sobre el pueblo-Timotes-, sobre la montaña. Laín Sanchez se para y endereza la silla, que es la más antigua silla de suela de la casa. Nosotros lo dejamos hacer. El sabe desentrañar la emoción de cada cosa. Esa silla conserva, silenciosa, discreta, la historia de la familia. Con la de la familia, la de las costumbres regionales más entrañables. Sobre esa silla de suela reposa- reposará todavía por muchos años- la tradición. Es algo así como el símbolo del alma popular, asimismo simple, elemental, sobria. Esa silla de suela es un monumento a la austeridad de nuestro pueblo. Sin la menor duda. Nosotros nos despedimos. Bajamos el ala al sombrero; subimos la solapa al saco; nos metemos las manos en los bolsicos del pantalón; y echamos a andar bajo la llovizna y bajo el frío.

Pedro Pablo Paredes

*Emocionario de Laín Sanchez*